

Psiquiatría en el siglo XIII

La «puerilidad del adulto», según
Vicente de Beauvais

Entre los pedagogos medievales cuyas ideas constituirán una sorpresa el día en que sus obras se estudien a fondo, se cuenta Vicente de Beauvais.

Dos palabras sobre su vida. Nació seguramente en Picardía, ya en el propio Beauvais, ya en otro lugar de su demarcación, entre 1184 y 1194. Formó parte probablemente de la comunidad de dominicos de Saint Jacques, de París, y de la del convento de Beauvais.

En 1228, San Luis fundó una abadía cisterciense en Royau-mont, cerca de la cual edificó un palacio donde pasaba temporadas con sus familiares. En ella vivió largo tiempo Fray Vicente, repartiendo sus horas entre el cargo de lector o maestro de los frailes jóvenes y el de bibliotecario de San Luis y orientador de los estudios de los príncipes. En su calidad de bibliotecario del rey, le guiaba en la adquisición de códices y manuscritos, exponía al monarca y a sus familiares y cortesanos los pasajes más interesantes, resolvía las dificultades o dudas que le proponían y echaba mano de la biblioteca y de su personal para componer sus propias obras. Murió en Beauvais, en 1264.

Su obra más conocida es el *Speculum Maius*, gigantesca enciclopedia del saber del siglo XIII, que supera en erudición y sobre todo en el orden y crítica del material compilado las obras de parecida índole que la habían precedido. Comprende el *speculum naturale*, el *speculum historiale* y el *speculum doctrinale*. No carece de originalidad ni de ambición esa división tripartita, ya que a la observación de la naturaleza, al relato de los acontecimientos y a la doctrina filosófica y teológica se reduce todo el saber humano. Además de esta obra capital, encierra interés su libro *De Statu principis*, notable eslabón en la cadena de los *De regimine principum* que a partir de la Ciropedia ofrece tan sabrosas reflexiones al filósofo de la Política o de la Pedagogía, y todavía lo presenta mayor su opúsculo *De eruditione filiorum regalium*, escrito, según explica Fray Vicente a la reina Marga-

rita, con miras a la mejor educación del príncipe Felipe y de las princesas.

Empleo para esta nota la edición de Juan Amerbach (Basilea, 1481), incunable fácil de hallar, del que existe un buen ejemplar en la biblioteca de la Universidad de Barcelona.

En sus cincuenta y un capítulos, de los que dedica cuarenta y uno a la instrucción y formación masculina y los diez restantes a la femenina, manifiesta tanto respeto a la personalidad del alumno como alarma ante la posibilidad de que éste tarde demasiado en desprenderse, o conserve en la edad madura algunos rasgos, de su carácter de niño. Preocupaciones que constituyen hoy el tema principal de la Psiquiatría pedagógica. Uno de los objetivos más importantes de la Educación es, para Vicente de Beauvais, conducir al niño a superar los rasgos de su personalidad infantil y a adquirir sucesivamente los de la personalidad juvenil y adulta.

Fijémonos, ante todo, en su conocimiento y respeto de la personalidad del educando. No vacilo en calificar de excepcionales para su época sus posiciones a este respecto. Coincide con el clásico Quintiliano y con otros autores medievales en recomendar al maestro moderación y humanidad en los castigos; pero se acerca mucho más a los modernos cuando advierte que los excesos en el castigar provienen a menudo de una «intención impura» en el pedagogo (Cap. 26: *De coertionis moderatione*). No menos moderno nos parece cuando consagra el capítulo siguiente a explicar al alumno los motivos por los que le conviene sujetarse sin rebeldía a la disciplina, haciéndole ver que los castigos nacen, no de un corazón duro, sino de un pecho paternal que únicamente aspira a la felicidad del educando; que las sanciones disciplinares contribuyen a destruir sus inclinaciones viciosas y a forjar su carácter; que si quiere ser buen cristiano, le es preciso ejercitarse en la virtud de la paciencia, de la que tan preclaros ejemplos nos dieron el divino Maestro y los santos; y que aceptando estas penalidades, durante el breve tiempo de su niñez, logrará ser un hombre de provecho, un varón fuerte y sabio. ¿No se diría que ha descubierto y combate el famoso complejo de inferioridad?

Otras pruebas nos brinda de su respeto a la personalidad del alumno. Distingue cuidadosamente las etapas del desarrollo; y si para los niños recomienda un trato moderadamente severo, que les habitúe a obedecer, pero que deje traslucir el amor, observa que «cuando han transcurrido los años de la niñez y los alumnos han llegado a la adolescencia, a muchos les es todavía más necesario el freno de la disciplina, porque se inclinan más recíamente al mal, pero entonces conviene que sus maestros no se ciñan a inculcársela, sino que procuren que el muchacho se la imponga usando de su propia razón» (Cap. 35).

Hace notar también que a medida que las facultades del discípulo se van desenvolviendo, deben emplearse métodos y procedimientos más personales, como la redacción, la disputa y la crítica, al par que han de tomarse precauciones para evitar apasionamientos y rencillas que de tales ejercicios suelen derivarse (Cap. 14, *De proficientium lectione*; Cap. 8, *De scribendi exercitio circa aliena*; y Cap. 20, *De exercitio in disputatione vel inquisitione*).

Como todos los pedagogos atentos a la personalidad, se esmera en formar el carácter del alumno, no sólo en lo que atañe a sus condiciones individuales, sino a su trato y proyección social. Señala los medios para que escoja buenos amigos, para que se porte adecuadamente con sus iguales y con las personas que le aventajan en edad o en otras cualidades, y se preocupa de que no elija estado ni contraiga matrimonio sin la correspondiente instrucción. En los capítulos consagrados a las niñas y doncellas, acomoda esta enseñanza social y vocacional a la condición femenina, con una visión certera y equilibrada de las perfecciones y defectos que distinguen a la mujer y que ya asoman en la niña.

Nada de lo dicho suele hallarse en las obras de esta época. Para encontrar una Pedagogía tan elaborada, integral y personalista como la de Vicente de Beauvais es preciso remontarnos a los clásicos griegos o aguardar a tiempos muy recientes.

Lo que hemos recogido hasta aquí se refiere al respeto, conocimiento y formación de la personalidad del educando. Pero, según indiqué, lo más notable de nuestro autor es quizá su preocupación de evitar el estancamiento del discípulo en su carácter pueril o juvenil.

Los caracterólogos de hoy coinciden en denunciar las consecuencias que acarrea el conservar en la madurez una actitud sexual de tipo infantil. La adolescencia y la juventud son etapas destinadas a liquidar la actitud sexual del niño y reemplazarla por la del adulto normal. Cuando el jovencito se encastilla, o le encastilla su ambiente, en el palacio de hadas de una sexualidad pueril, sufre, llegado a su madurez fisiológica, lastimosas desviaciones y fácilmente incurre en vergonzosas aberraciones, de las que proceden a menudo psicosis más o menos graves.

Negar lo constituiría un apriorismo. La observación no ya de laboratorio, sino de la vida corriente, muestra con demasiada frecuencia que esta teoría es acertada, que responde a los hechos y tiene éxito en sus predicciones. Sólo pueden y deben repudiarse, en estos asertos de la caracterología contemporánea, dos excesos: su obsesión sexual y sus exageraciones. Porque, en realidad, lo que han de liquidar la adolescencia y la juventud no se limita a la actitud pueril en la esfera sexual, sino en todas las del psiquismo. Existe, ciertamente, una puerilidad adulta

sexual; pero no es la única, ni la más temible con serlo mucho, puesto que a cada paso tropezamos con casos de puerilidad adulta intelectual, o volitiva, o religiosa, no siempre coincidentes con aquélla. ¿Quién no recuerda haber tenido que soportar a varones, normales en lo sexual, pero terriblemente ingenuos en sus criterios científicos; o a mujeres, sexualmente normales, pero infantilmente supersticiosas en el terreno religioso?

Por lo mismo parece digno de admiración que en pleno escolasticismo, a mediados del siglo XIII, surja un autor que plantea este problema no sólo en la esfera sexual, sino en todas las restantes, con lo que se anticipa a las preocupaciones de hoy y en cierto sentido las sobrepasa. El capítulo 39 del *De eruditione*, titulado *De puerilibus evacuandis in virili aetate*, marca un hito en la historia de la psicología total y profunda.

Sostiene Vicente de Beauvais, apoyándose en palabras del Señor y de San Pablo, que el niño posee cualidades morales que conviene conservar e incluso imitar, y cita principalmente tres: su bondad, su humildad y su pureza. Pero, fundándose asimismo en textos de la Sagrada Escritura y de los Padres, corroborados con sentencias de pedagogos clásicos, declara que «el hombre maduro debe evitar y repudiar los rasgos que propiamente merecen llamarse pueriles (*quae proprie dicuntur puerilia*)».

Cita, entre éstos, algunos que no han escapado a la perspicacia de los psiquiatras de hoy: por ejemplo, el amor sensual a la madre («monstruoso y abominable es, para un adulto o un viejo, *sugere mamillas*»), el exhibicionismo impúdico («por el que desnuda *pudenda sua et similia*») y la tendencia a ensucarse o mancharse («sentándose en el lodo, pongo por caso»). Agudas e insólitas observaciones en un fraile medieval, en un teólogo dominico del siglo XIII.

Pero a fuer de teólogo y psicólogo completo, conocedor de la grandeza y complejidad del compuesto humano, no se deja obsesionar por el barro de nuestra naturaleza y extiende su teoría a las facultades superiores. Son, nos dice, puerilidades no menos reprobables en el adulto las que provienen de no superar el nivel intelectual y volitivo de la niñez. Intelectualmente, el niño aprecia demasiado lo sensible y desdeña lo abstracto; y volítivamente es inconstante, se enamora de lo que puede dañarle, teme lo que no entraña peligro —un compañero disfrazado— y no teme lo que encierra riesgo —un camarada deshonesto—.

Despojarse de la puerilidad significa cambiar de actitud no únicamente en lo sexual, sino en todas las esferas psíquicas. En plena Edad Media, Vicente de Beauvais trazó las líneas de una Psiquiatría muy equilibrada.

JUAN TUSQUETS.